

## CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

- |                                    |           |  |
|------------------------------------|-----------|--|
| <i>Los medios de comunicación</i>  | <b>3</b>  |  |
| <i>C. J. Guyot - M. N. Donadío</i> | <b>9</b>  | <b>El sistema de medios y las nuevas tecnologías</b>             |
| <i>Luis Baliña</i>                 | <b>15</b> | <b>Ortega y Gasset, periodista platónico</b>                     |
| <i>Karl Lehmann</i>                | <b>23</b> | <b>Periodismo y responsabilidad</b>                              |
| <i>Stefaan van Calster</i>         | <b>33</b> | <b>La televisión puede causar el aislamiento</b>                 |
| <i>Rafael E. Sassot</i>            | <b>45</b> | <b>El gran teatro del mundo</b>                                  |
| <i>Hernán Fratto</i>               | <b>54</b> | <b>De la cámara oculta, el humor y la seducción</b>              |
| <i>José María Poirier Lalanne</i>  | <b>66</b> | <b>Una aproximación a Kieslowski</b>                             |
| <i>Kenneth L. Schmitz</i>          | <b>73</b> | <b>El lenguaje de la conversión y la conversión del lenguaje</b> |
| <i>Laura Moreno</i>                | <b>94</b> | <b>Iglesia y comunicación ante el tercer milenio</b>             |

# Periodismo y responsabilidad

## Para un “ethos” del periodismo entre el mercado y la moral\*

*por Karl Lehmann\*\**

El periodista y el publicista tienen su propio modo de vocación. Acaso le atrae el escribir. Para captar un fragmento del mundo en palabras, se abarca mucho del proceso intelectual. También si a menudo no sabe en detalle qué puede hacer saber, y sin embargo está convencido de que tiene algo que decir al mundo. Muchos avanzan aún un trecho y se ven obligados verdaderamente a no ser nuevamente objeto en el movimiento de acontecer del tiempo, sino a tomar parte como sujeto en el mismo proceso histórico y obrar algo en él. La historia y su situación en cada momento exige tomar posición a su respecto. Ningún Papa, ningún rey, ningún presidente y ningún otro poder en el mundo ha elegido al periodista o lo ha llamado a su misión. ¿Con qué derecho hace él esto? También si hoy se dan y se deben dar diplomas de terminación de estudios, estos no aclaran aún la puesta en función de los publicistas, como por ejemplo es el caso de un médico o de un profesor. La legitimación sólo procede en primer lugar del publicista mismo. Quiere mezclarse, a menudo con disgusto, con aquellos que ejercitan el poder y llevan la responsabilidad, deseada por aquéllos que buscan tal intromisión mediante una creación de opinión independiente en cuanto sea posible y también la honran. El periodista y su público necesitan esta exigencia. Ya aquí se tiene en manos la tensión del periodista entre mercado y moral.

En ésta o en una semejante situación social debe encontrarse el origen del periodismo. Puede ser que por un lado existan los ambulantes y cantores, que sin oficio ni encargo giran por todas partes y traen su protesta a los hombres. Acaso se

\*El artículo aquí reproducido es tomado del volumen de K. Lehmann, *Glauben bezeugen, Gesellschaft gestalten. Reflexionen und Positionen* (Testimoniar la fe, conformar la sociedad. Reflexiones y Posiciones). Herder, Friburg-Basel-Wien, pág. 488-495.

\*\*Obispo de Mainz. Presidente de la Conf. Episcopal Alemana. Miembro del Consejo de Redacción de la *Communio* alemana.



puede añadir los clérigos cronistas, que como fuerzas auxiliares en las oficinas religiosas y mundanas estaban bastante próximos al poder, para enterarse de muchas cosas, pero a la vez cuidaban menos de una independencia íntima. Curiosidad, inclinación a la crítica y aspiración a la independencia los distinguen. Los periodistas de todos los tiempos intentan descubrir y poseer en la sociedad el espacio libre y los campos vacantes para desde esos puestos de escucha lograr conocimiento de las circunstancias y comprender la situación. Los contemporáneos quieren mucho un consejo que a ellos parece inaccesible, que sea independiente y que exponga libremente también a las autoridades toda especie de crítica. “Los hombres necesitan un grupo de contemporáneos que observen, piensen y escriban en libertad. No puede ser beneficioso que lo que ellos aportan se proponga a sus lectores mediante su mezcla de orden; si bien ellos informan, aclaran, orientan, no sirven a los lectores y a los que escuchan como maestros, sino en una solidaridad libremente asumida. Ella no es la de la vida común, sino la de la comprensión común. Y ya antes, esto es decisivo, la de la confusión común... Nosotros no somos en relación al arte de escribir, morales o inmorales; el escribir que se orienta hacia el destino de la sociedad y a las necesidades de los contemporáneos, tiene en sí mismo una función moral, es una función moral. No se deduce de ningún modo directamente de normas válidas, sino también es de modo necesario su crítico (W. Dirks). El periodista procura encontrar el camino en el mundo. No quiere sólo duplicar o simplemente copiar la moral de las fuerzas predominantes en la sociedad, sea ella también la Iglesia. Los panegiristas y los escritores de corte son en la mayoría de los casos una especie desagradable, especialmente cuando no son confesados simpatizantes de los poderosos y de los partidos.

El periodista necesita para llenar su cometido una peculiar mezcla de compromiso y distancia. Debe tener una capacidad y una perseverancia rayanas en la obsesión de entrega a su “material”. Sin el esfuerzo de sólidas búsquedas y sin muchos otros hábiles esfuerzos, llega raras veces al ardiente núcleo. Se puede hablar mucho del “ethos” de los periodistas, el primer mandamiento de la investigación limpia, tan libre como sea posible de prejuicios, es insuperable. Aquí se da muchas veces una parte de parentesco del periodista con el profesional de la pesquisa policial, cuando registra todas las huellas imaginables y

explora y reúne en todas las direcciones los más mínimos restos del conocimiento posible. Esta atenta dedicación tiene a la vez un estricto límite. El compromiso no puede transformarse en una nueva forma de dependencia. Se puede estar tan fascinado con el objeto de la investigación, que se caiga bajo su hechizo. Se necesita también la infinitamente sobria distancia, que asegura una última libertad. Por eso se da siempre de nuevo la fría jerga, que evita un poco el "pathos", es determinado secretamente por el que está comprometido. Súbitamente se mezcla en el compromiso francamente apasionado algo frío, que aparece muchas veces como arrogante y elitista, especialmente al que está fuera en la corriente contraria. Ello no debe ser. Pero el periodista debe saber, dónde la tensión entre compromiso y distancia llega a ser difícilmente soportable y puede rozar los límites de lo inhumano. El puede frente a los hombres aislados llegar también a la persecución, donde —no pocas veces en nombre del llamado interés público— el elemental sentido de tacto y la necesidad de protección de la persona humana son cruelmente lastimados. Al periodista se le hace difícil —no sólo en la prensa amarilla— dejar a salvo la zona de intimidad y la discreción. Pero precisamente aquí debe formarse una especial sensibilidad. También cuando llega tanto a la proximidad de su "víctima", que puede frente a ella ser humanamente muy indiferente e incluso, muchas veces, cínico. Aquí se da una especial tentación de poder. Ella puede asumir formas muy sutiles y muchas veces no notarse en absoluto, como cuando el "cuarto poder" se arroga una instancia más alta.

El periodista tiene el deber de hacer transparentes las realidades opacas, llamar a las cosas ocultas por su nombre y destapar lo que opera en secreto. En todos los límites de los que se ha hablado, esto es propio de su profesión. Se puede también designar la "crítica" como función del periodismo. Todo es llevado a la clara luz y es iluminado; con el rayo de la razón que hace potente. No hace distinciones —ciertamente esto es "krisis"—. Esto es también el fundamento por el que todo periodista, también el conservador, muestra un rasgo fundamental "de izquierda". Aquí recuerda la profesión de periodista al "ethos" de la verdadera Ilustración. La tal crítica del periodismo no debe disolverse automáticamente o ser destructora. Pertenece en primer lugar al discernimiento de los espíritus y a su desarrollo, que no pueda venir a la luz del día, lo que muchas veces tiene que ver con las tinieblas.



Si este rasgo fundamental “crítico” así descripto es propio del periodista, no es sencillo que el periodista se dedique al pensamiento conservador, en el sentido originario de la palabra. Naturalmente es necesario ponerse de acuerdo sobre un sentido aceptable del pensar conservador. El verdadero conservador no se opone a preguntarse sobre el real carácter obligatorio de las tradiciones y de una herencia recibida. El acepta que no todas las tradiciones deben ser mantenidas sólo porque ellas existen. Ellas deben, precisamente cuando son puestas en cuestión críticamente, no hundirse sencillamente en el fuego de la razón ilustrada, sino que pueden confirmarse en el tránsito mediante un examen racional. El conservador se distingue del progresista (o lo que siempre se llama así) en que aquél tiene por realmente posible aquella positiva confirmación de la tradición. Ese conservador juzga que muchas cosas merecen ser conservadas, que el progresista tiene por acabadas y anticuadas. Pero el verdadero conservador sabe también de la necesidad de cambio, cuando las tradiciones no resisten más y no pueden llenar más su función. Pero eso no es tan fácil de mantener en la realidad de la vida y frente al poder de las fuerzas que cambian. El periodista conservador lleva la ventaja de algunos grandes patrocinantes, pero sin embargo su profesión de todos los días sigue siendo difícil. Siempre se dan para esto mejores perspectivas que antes. La Ilustración sabe de sus aspectos sombríos. Ella no puede encubrir su ambivalencia y su dialéctica. Por ello, en medio de la crisis de tantas normas y valores, las oportunidades son buenas para un conservador de destacar en forma convincente lo verdaderamente benéfico de muchas normas y valores fundamentales de la tradición.

Aquí surge sin embargo una pregunta que en el fondo supera las oposiciones de progresistas y conservadores. Surge a saber, la pregunta no poca veces tratada de cuál es la realidad a la que los “media” en general se refieren. Esto se vincula con el concepto de comunicación en general. O sea, se debe preguntar, cómo es real (y verdadera) la realidad del periodismo. Ciertamente sería ingenuo entender el conocer de la realidad sólo como una copia de la realidad objetiva. Tanto como se da una realidad autónoma, independiente del sujeto pensante, tanto también nuestra inteligencia creadora ha sellado desde hace largo tiempo a la realidad que encontramos con muchas tendencias y prejuicios. Se pregunta en general, en qué medida nos es concedido a nosotros el camino a una realidad inmutable. La

teoría de los “media”, especialmente de los medios electrónicos, parte de la convicción que especialmente la televisión ha cambiado la cultura y la sociedad más de lo que los hombres han tomado conciencia. El hombre del computador quiere ante todo contar, no juzgar. El hombre de la televisión aprecia la actualidad, no la historia. La palabra impresa tiene otras preferencias que el éxito de las imágenes. Cada tecnología favorece una definida visión del mundo propia. La preeminencia de los medios electrónicos cambia nuestra relación con la realidad. La realidad aparece, para muchos, muy dramática y más concebida antes por la pantalla de televisión que por los acontecimientos “exteriores”, que no aparecen en la pantalla, los que son puestos dentro de un signo de interrogación. Lo experimentado naturalmente pierde en consistencia de realidad frente a nuestra experiencia de espectadores de televisión. Para participar en un suceso de televisión no se necesita nada para invertir. Las categorías originarias de la experiencia, también por cierto la experiencia del espacio y tiempo, se desvanecen. La presencia física no es ya condición para los encuentros y las experiencias. Yo puedo ilustrarlo con un pequeño chiste: “El visitante que proviene del espacio extraterrestre lleno de admiración: —¡Qué admirable planeta tienen ustedes aquí!— El habitante de la Tierra: —¡Oh, esto es nada todavía! ¡Ud. debe primero ver la televisión!”<sup>1</sup>

Yo no quiero con esto aceptar interpretaciones globales, como por ejemplo la de Joshua Meyrowitz expuesta en su libro “La sociedad de la televisión”.<sup>2</sup> Pero el cambio de nuestra ubicación en la realidad, ante todo por los “media” electrónicos, no se puede pasar por alto. Ya Walter Benjamín había investigado exactamente el hecho de la reproducción y su transformación con la mirada en el film. Las obras de arte perdieron rápidamente su aureola. Pues los “media” intervienen sin duda en la realidad pero en distintas formas. Permítaseme una cita de K. Tucholsky del año 1921: “Las industrias, los partidos, los gobiernos, la Iglesia, todos ellos saben lo que tienen en la prensa. La realidad, como es servida por los diarios, ha pasado por un filtro. Lo que subsiste no es el mundo. Es ‘El mundo en edición popular abreviada y elaborada para uso de las escuelas’. Se debe más bien atenerse al original.”

<sup>1</sup> Citado según W. D. Fröhlich - R. Franzmann, *Die verstellte Welt* (El mundo cambiante). Frankfurt, 1988, pág. 7.

<sup>2</sup> J. Meyrowitz, *Die Fernsehgesellschaft* (La sociedad de la televisión). Weinheim, 1987.



En todo caso es seguro que nosotros estamos más maduros para las consecuencias que resultan de los nuevos “media”, si las examinamos a fondo y las presentamos honradamente, si nosotros no las vendemos como la “nueva salvación”. En todo caso no podemos usar simplemente los “media” sin reflexionar sobre su repercusión, sólo porque ellos se dan y porque nos fascinan. De lo contrario ellos nos dominan y, sin que los advirtamos, imprimen en nosotros su ley del ver y del percibir.

Este cambio de nuestra capacidad de percibir es no pocas veces reforzado por añadidura por teorías que la superan. Sólo entonces aparece hallada la realidad. El mundo en torno que nosotros percibimos es invención nuestra. No es importante la pregunta acerca de la autenticidad de los sucesos referidos, sino la apariencia. En consecuencia no se da ni la presentación de una objetiva realidad ni aun la verdad. El sujeto se construye permanentemente su propia imagen de la realidad en el trato y trueque con otros hombres y “media”. Así no vivimos todos en el mismo mundo, sino la realidad es construida por los periodistas en cada caso. Quien no coincida con el famoso aforismo de Karl Kraus: “En el principio era la prensa, y luego apareció el mundo”, o con Günther Anders: “En el principio era la transmisión, luego aconteció el mundo”.

Sería fácil mostrar que muchos esbozos filosóficos de la tradición sabían de tal “elaboración” de la realidad por la percepción del hombre. Pero este momento de nuestro conocimiento no puede sentarse absolutamente, como en cierta medida lo hace al constructivismo radical. Las consecuencias, precisamente para el cometido del periodismo están a la mano. Las consignas que convienen a la calidad periodística no se dejan definir, porque escapan a todas las medidas que dan normas. Los criterios de la objetividad, verdad y seguridad son en último término quimeras; sobre la exactitud de la propia realidad y verdad decide cada uno por sí. En tal mundo amenaza el peligro de que en definitiva no se dé ningún bien o mal, nada sea exacto o falso. En definitiva poco importa lo que es tenido por realidad por el público o por los periodistas. De lo contrario sería exacto en definitiva el dicho: es verdad lo que es operante. Lo esencial es producir el efecto deseado.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Conf. das Funkkolleg “Medien und Kommunikation” (El colega de la radio “Medios y comunicación”). Editado por el Instituto Alemán para estudios de televisión de la Universidad de Tubinga. Weinheim-Basel, 1990, Carta-introducción de S. Weischenberg, pág. 40.

Yo no quiero, en base de tales afirmaciones teóricas, jugar con fuego. Después como antes el postulado de la verdad cognoscible y accesible juega en el periodismo un gran papel. Pero tales principios teóricos tiene una influencia funesta para la exigencia, p. ej., de una más completa información y un equilibrio en el programa total, para una mediación responsable, etc. La tendencia de cada agente de noticias de abreviar la realidad él mismo, y el peligro de la manipulación no son tomados en serio mediante tales manifestaciones. Se debe de todos modos tener presente que la responsabilidad del publicista es limitada. Hay la limitación por la premura de la actualidad y la rapidez. El instrumental técnico deja menos espacio a los detalles. El espacio libre del redactor individual amenaza —en todo caso en muchos “media”— con volverse menor.

Nuestro mundo se ha vuelto complicado por muchos motivos, no en último lugar por la creciente individualización y pluralización. No es casual que siempre debamos circunscribirlo de nuevo con la palabra “complejidad”. Ella está llena de tensión y contradicciones, en cada caso con muchas capas y dimensiones. Esto es no sólo una descripción, que expresa de modo general su riqueza, sino pensada muy en principio. La complejidad no parece que pueda ser elaborada en directa intervención del individuo. Se agrega la creciente dependencia recíproca de distintos factores. La malla es más compacta, la carga de consecuencias más pesada. Siempre son más inmensos los campos aislados, y cuanto más problemática es la tarea exigida del periodista de reducir su complejidad. Ella debe ser limitada y traída a un más sencillo denominador si se la quiere entender. De lo contrario no sería posible conducir y gobernar nuestro mundo. Pero la empresa de una reducción sólo es posible, cuando antes se ha captado la complejidad, al menos en alguna medida. De lo contrario existe el peligro elemental de que las reducciones ideológicas, los conocimientos dirigidos por intereses y las opciones prácticas originen una elección que en definitiva es arbitraria. La llamada información amenaza por lo demás con sumergirnos. Lo importante y lo no importante no puede ser distinguido bajo estos presupuestos. Mucho recibimos nosotros sólo de segunda mano. Si ello es elegido reiteradamente y puesto en relación, no es ya ningún saber justificado, que pueda ser fundamento para decisiones.

En tal situación de tanta complejidad no puede ser echada toda la carga al periodista. Pero él conserva una decisiva tarea,



de la que tampoco puede librarse bajo condiciones modificadas, la de ser una instancia mediadora independiente. Para los contemporáneos interesados, su propia experiencia no alcanza, debe darse una mediación, que sea bastante competente, para crear al menos una orientación general. El mediador es tanto más digno de fe, cuanto más competente es —si bien no en cada sector— y no enredado en intereses que toman partido. Yo pienso, por ejemplo, sólo en la dificultad para los expertos en su independencia para las cuestiones de la ética de la paz, cálculo del aprovechamiento de la fuerza nuclear, etc. Aquí tienen ante todo los periodistas especializados su tarea irremplazable. Cuando el periodista no puede ya situarse sobre todas las opiniones, y en primer término en el comienzo, está tan perplejo como cualquier contemporáneo, que no se hace ninguna ilusión, así la protección de su independencia es de la mayor importancia. La “independencia” vale también para el empleador, para las casas editoras, los diarios y los establecimientos gráficos. Esto arroja una luz propia sobre el papel de las broadcatings y emisoras de televisión semi-públicas, cuyo propio cometido en las discusiones de los últimos años y en la concurrencia con los nuevos “media” ha sido sin embargo desentendido. Pero la “independencia” exige también un aseguramiento del propio lugar mediante una suficiente formación de capital. La calidad empresarial tiene a este respecto una función propia, que ha sido mucho menos reconocida, para el aseguramiento y defensa de su espíritu libre, independiente.

Ciertamente cuando se capitula simplemente ante estas funciones y sólo se entrega uno a la legalidad definida por el mercado, la tarea es más difícil. La exigencia de la “verdad” queda aquí como una dura palabra, que a lo mejor sólo necesita una sonrisa irónica. “¿Qué es la verdad?” es ya la muy sospechosa respuesta de Pilatos cuando él entrega a Jesús a sus acusadores. Esta búsqueda de la verdad sólo puede ser realizada en pequeños pasos y, por así decirlo, en pequeña moneda. La rectitud, la exactitud y la confiabilidad de la información forman parte de la verdad en el sentido más alto de esta palabra. El deber de informar rectamente es mucho menos simple cuando se le presta atención. La verdad no es sólo la concordancia de las afirmaciones objetivas. Vale también aquí: el todo es la verdad. Las informaciones de detalle pueden concordar, sin embargo, si se calla la puesta en su sitio dentro del contexto más grande, tantos detalles pueden alterar la verdad. Frases exactas, puestas unas

junto a otras, pueden ser también una obra maestra de demagogia.

En este sentido la verdad tiene también que hacer con la veracidad y la sinceridad. Cuando la verdad de un mundo complejo es abierta en muchos y pequeños pasos, ella crea también una forma propia de modestia e incluso de pobreza. Quien cree poder captar la verdad en un mundo tan complejo sólo como quien dice en un golpe, está en gran peligro de caer en una forma de pensar en blanco y negro o en cualquier fundamentalismo. El fanatismo y la intolerancia se encuentran inmediatamente próximos. La complejidad de la realidad y de la verdad exigen del periodista un avanzar muy diferenciado. Cuando en un artículo no es dicho todo, deben darse luego los complementos que corrigen, que también son cognoscibles. Si lo actual y nuevo contiene un exceso de peso, no debe el cuidado por lo esencial y duradero ser desentendido. La importunidad de lo que es disputado y controvertido no debe hacer perder interés a las concordancias fundamentales. La preponderancia de las noticias negativas no debe postergar los modelos de ser humano feliz y de humanidad ejemplar. Lo que se hace en el mundo para el bien, no debe aparecer insignificante. Si también la simpatía no debe desembocar simplemente en la falta de criterio, no debe sin embargo dominar un comentario único. Las opiniones encontradas deben tener oportunidad de poder presentarse, de lo contrario es avasallada la libertad de opinión. La verdad no es hoy o rara vez es tenida de una pieza, sino sólo en la coloreada polifonía y consonancia de muchas voces, que por añadidura no siempre resuenan en plena armonía. Quien no tiene el coraje de un pensar diferenciado y no educa a sus contemporáneos para él, no sólo pierde la real complejidad de nuestro mundo, sino que hace a los hombres a la larga crónicamente incapaces de tratar con él. Rechazos y dominio de las ideologías son el resultado. Insertarse en la íntima diversidad de la verdad y aceptación de la complejidad del mundo con valor para orientarlo forman parte hoy irrenunciablemente del "ethos" del periodista responsable.